

Ganarse la **VIDA**

Juan Bonilla

Alejandra Pizarnik apuntaba en su diario: «La verdad: trabajar para vivir es más idiota aún que vivir. Me pregunto quién inventó la expresión *ganarse la vida* como sinónimo de *trabajar*. En dónde está ese idiota».

Vamos a buscarlo.

Conviene saber antes que nada que un idiota era entre los griegos aquel que se dedicaba a sus asuntos y no se metía en cuestiones públicas, aquel que por lo tanto no tenía opinión y no pesaba en ninguna de las decisiones que tuviera que tomar una comunidad. Tan ocupado está el hombre con ganarse la vida que no tiene tiempo para pararse ni en lo que está haciendo: se diría pues feliz de hacer el idiota.

El Corpus de la Real Academia facilita las cosas y la búsqueda nos lleva al *Setenario* de Alfonso X que ya en el siglo XIII se recomendaba «fortaleza; saber; piedad; seso; entendimiento; y sobre todo que los abunde del espíritu de su temor y los señale con la señal de Jesucristo por que ganen la vida perdurable». Esa misma vida perdurable que ha de ser ganada comparece también en el *Sendebar* de 1253: «quien bien hace nunca se le muere el saber, que ninguna cosa es por haber ganar la vida perdurable sino profecía». Y en *Barlaam et Josafat*, de 1400, un personaje encuentra en Jesucristo el modo de «ganar la vida escondida» que le permite despreciar las cosas corruptas, pues no hemos de vivir todo el siglo y como somos mortales habremos de partir de aquí como otros muchos que se fueron antes que nosotros. Pero en 1411, en los *Sermones* de San Vicente Ferrer, se anota ya un primer uso del «ganarse la vida» como hoy lo entendemos: «Que el mismo Dios que hizo la noche para dormir, para holgar y para descansar, hizo el día claro para trabajar y ganarse la vida». O sea, en el siglo XV —y por seguro que después de que en algún momento se le hubiese caído a la expresi-

ón el adjetivo perdurable que la relacionase con la ultratumba y el Paraíso— ya se tenía claro que la vida no era un regalo, que había que ganársela. En 1739 en el Diccionario de Autoridades aparece una acepción de la palabra vida que se ha mantenido hasta la última edición del Diccionario de la RAE: «el alimento necesario para mantenerla». O sea ganarse el pan sería sinécdoque y ganarse la vida metonimia (en el caso de que la vida fuera algo más que trabajar, que digamos que aquí estamos seguros no solo de que sí, sino que más bien son antónimos vida y trabajo). La versión de ahora se ha transformado a más allá del alimento: conjunto de bienes necesarios para vivir. Y pone este ejemplo: «la vida en esta ciudad es muy cara». Que la vida ya es el alimento que se necesita para mantenerla ya ofrece una pista inmejorable para hallar al culpable al que buscaba Pizarnik, pero vamos a entretenernos un párrafo más.

No solo en nuestro idioma hay que «ganarse la vida», por supuesto. En inglés también hay que «earn a living», o sea «ganarse el vivir». Pero «living» se utilizaba también para las propiedades —ampliando a todo el espacio que fuera propiedad de alguien el «living» que hoy ha quedado recluido a una sala de estar— y era también el dinero que uno necesitaba para subsistir, de donde sacaríamos preciosas conclusiones acerca de cómo los germánicos se nos adelantaron en el arte de confundir la vida con los bienes que se necesitan para vivir, las propiedades donde se vive. En cualquier caso se ve pronto que vivir y dinero enseguida mezclaron sus caminos y el Merriam-Webster ya registra usos de «living» en los que la palabra significa claramente «los gastos» que trae aparejado el hecho de vivir: ya no solo son los alimentos que necesitamos consumir para consumarnos, sino lo que esos alimentos nos cuesten. Pero si vamos al latín, ese «ganarse la vida» se

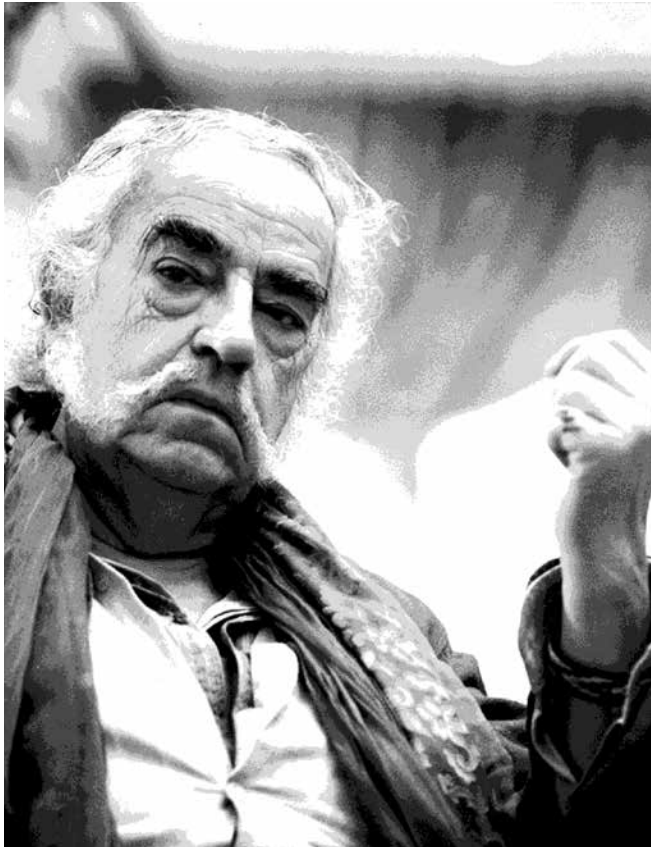
decía o bien con la expresión —que se conserva aún— «modus vivendi» o bien con la expresión «pane lucrando». El «modus vivendi» terminó por ser la locución con que se designaba un acuerdo entre quienes se disputaban algo (como si estuviéramos disputando continuamente nuestra vida contra alguien —¿el mundo?— y tuviéramos que llegar a un pacto de no agresión que consistía precisamente en hacer algo en el mundo, producir algo, trabajar, a cambio de que el mundo nos dejase habitarlo y ser). De ahí pasó la expresión, sin modificación alguna, a nuestro idioma para designar las actividades que se desarrollan para ganarse la vida y por extensión las maneras en que ese ganarse la vida se traduce: modus vivendi burgués o proletario o bohemio. En el ámbito diplomático se designa con esa locución a los acuerdos internacionales de carácter temporal, aquellos que sirven en tanto entra en vigor un tratado, lo que no puede ser más poético si derivamos esa acepción a la vida corriente: en tanto no entre en vigor el tratado definitivo, tenemos que conformarnos con un «modus vivendi». En cuanto al «pane lucrando» no hacen falta muchas explicaciones dado lo explícito de la expresión que mezcla las cosas de comer —el pan— con el lucro —el dinero—, si bien lucrare era la victoria, de donde otra vez se ve lo de cerca que se vigilan el ganar y el pan. (Ganar por su parte, según dice Covarrubias, es palabra que puede proceder del godo, del pastoreo: de ahí ganado, pero no estará de más recordar que «gana» es precisamente hambre y al hambre el que lo satisface es el pan y el pan cuesta dinero que nos obliga a lucrarnos, o sea, vencer, ganar. Todo conduce a lo mismo).

Todo lleva, pues, al idiota al que buscaba Alejandra Pizarnik que está ni más ni menos que en el primer libro de la Biblia —primero en el orden de edición habitual, ni mucho menos el más antiguo de los ahí recopilados—. En efecto, cuando se expulsa a Adán y a Eva del Paraíso por querer saber lo prohibido, Dios condena al hombre a ganarse el pan con el sudor de su frente: «In sudore vultus tui vesceris pane, donec revertaris in terram de qua sumptus es: quia pulvis es et in pulverem reverteris». O sea, «con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que regreses a la tierra de la que fuiste tomado: que polvo eres y polvo volverás a ser». Vesceris es comer, que es lo que se suele hacer con el pan, *Génesis* no habla de ganárselo, aunque se entiende que si para comer el pan el rostro tiene que sudar, mediará un esfuerzo implícito y necesario para que se dé ese efecto —comer el pan— de una causa —sudar el rostro—. Dado que somos mitad Jerusalén, mitad Atenas, quizá no está de más recordar aquí que también los dioses griegos, según cuenta Herodoto en su *Teogonía*, hicieron esa división entre hombres favoritos y

condenados de sus juegos: los unos obtendrían la fama —o el éxito (aunque algunos traductores prefieren traducir «excelencia», como si ésta llevara inevitablemente al éxito)— mientras los otros solo el sudor.

¿Qué traslaciones llevaron del «alimentarse de pan (gracias al) sudor de la frente» a «ganarse el pan» (ganar con dinero —lucro— el pan) y de este al «ganarse la vida»? La identificación de la vida con el pan utilizada en el Diccionario de Autoridades no necesita de muchos ejemplos contando como contamos con el de Jesucristo, que en la última cena da su cuerpo a comer a sus correligionarios representado por una hogaza de pan —él, que había dejado dicho hasta el fin de los tiempos «Yo soy la Vida»—. Naturalmente vivir, queda claro en la expresión que se utilizaba antes de Vicente Ferrer, no era más que la tarea de regresar al Paraíso, que es donde estaba la Vida: vivir no era otra cosa más que intentar ganar la vida perdurable que perdimos por el pecado de origen, y para ganar esa vida perdurable que nos llevaría de vuelta allí donde todo nos será dado —mientras no cedamos a la manía del conocimiento— parece evidente que era necesario «el sudor del rostro». Lo que hace que contacten en la expresión «ganarse la vida» el Paraíso perdido y el infierno del trabajo al que se nos condenó y en el que residimos. La teología comunicó ambos territorios con una expresión que al perder el calificativo «perdurable» solo acabó valiéndonos para este exilio en el que gastamos los días antes de volver al polvo. Para ser como está mandado, o como Dios manda, y merecer el sueño de regresar al Paraíso hay que trabajar, trabajar para ganar la vida perdurable: ahí el trabajo ya es la herramienta y la condena —viene de tripalium, un instrumento de tortura utilizado para azotar esclavos y de ahí pasó a significar fatiga, sufrimiento o penalidades, por lo mismo que teatro es tanto el lugar donde se representa una obra como el género al que pertenece la obra representada—. La herramienta, claro, con la que podemos salvarnos, y por tanto equivale a ganarse la vida, que no es ningún regalo de nadie que se pueda sencillamente disfrutar.

Volviendo pues al idiota al que buscaba Alejandra Pizarnik, parece que las pruebas son rotundas, pero no hagamos lo mismo que él y condenemos alegremente al Dios que nos condenara. Parece que todo apunta a él pues tanto el «ganarse la vida perdurable» como el «ganarse la vida» lo tienen como foco de emanación, pues acaso ¿no es la vida un préstamo que se nos ha hecho para que lo devolvamos con los intereses —nuestros actos, nuestros hechos— que a su hora serán juzgados? Préstamo es palabra, lo reconozco, claramente tergiversativa. Lo cierto es que cabe preguntarse cómo se le ocurrió al Dios del



Agustín García Calvo.

Génesis condenar a sus criaturas a algo tan gratuito —obviamente utilizo la palabra con una pizca de sorna, aunque sin olvidar que en inglés gratis es «free», como libre, en español sin embargo procede de «gratiis», ablativo plural de «gracia»— como sudar para comer. ¿Qué ganaba él con ello? ¿Cuál era su voluntad?

No parece descabellado considerar que alguna ganancia había en la condena —pudiendo habernos condenado a tantas cosas distintas— y si es así, pues para ganar la vida perdurable hay primero que ganarse la vida, tampoco es descabellado suponer que en la condena estaba el negocio —nunca mejor dicho, pues negocio es la negación de la libertad, del ocio, del dedicarse a lo que se quiera—. Por ocio se entendía el tiempo que uno podía dedicar a lo que quisiera a sabiendas de que no obtendría recompensa por ello: lo propio del ocio, pues, era ese, el de ser tiempo no productivo en términos de dinero, y por lo tanto su contrario era el tiempo dedicado a obtener recompensas por trabajo o dedicación. De ahí que a eso a lo que hoy se le llama ocio no sea más que otra cara del

Alejandra Pizarnik.



negocio que, como Dios, trata de ocupar todo el espacio para que no haya otra cosa que su sustancia y fuera de ella no pueda concebirse nada. Préstamo, ganancia, negocio: sí, todo el vocabulario utilizado se encamina sin trampa a la revelación de AGC en su libro de teología *De Dios*: Dios es el Dinero y al Dinero podría definírsele como en la escolástica: constitutivo material de la esencia divina. Es el Dinero el que nos expulsó del paraíso y el Dinero el que nos condenó a sudar para comer, es el Dinero el que nos obliga a ganarnos la vida, es decir, entendido como entidad que convierte en ella misma todo aquello que crea en ella, a cambiarla y negarla, a abolirla, para dedicarnos a producir y mantener su Imperio, que no es otro que una promesa y como tal pendiente del Futuro y por lo tanto ganada de antemano por su condición de mentira.

García Calvo ya se había arrimado al asunto en su cuaderno, publicado anónimamente en Ruedo Ibérico, *Apotegmas sobre el marxismo*. Fue Marx el que derrocó la vieja antítesis que había entre Persona y Cosa: el trabajo pretendía seguir teniendo su esencia en su relación del

trabajador con la cosa trabajada, a la que hace ser y que le da el ser. Pero en realidad el trabajo no puede tener en sí ningún sentido, por lo que no se puede trazar una relación viva, ya que el trabajo es a su vez, y con independencia de la cosa trabajada, también una cosa —un objeto de las operaciones económicas— que son las encargadas de darle su ser (social) de mercancía por la que se paga (mercancía, o sea lo que se merca, lo que se compra y se vende). No es que sea una cosa más de las que se encarga la Economía, sino que es la Cosa esencial en cuanto que todas las demás cosas se dejan reducir a ella, el Trabajo, encargado de darle valor a las demás. Pero esa virtud de valor del Trabajo, en la que consume su sentido como acción, no puede tenerla el Trabajo en sí, que dada su condición de relación abstracta necesita nutrirse de una sustancia ajena: no puede él por sí solo dar el ser, sino que necesita de la carne del trabajador, es una expresión de Marx, de lo que se llama «la fuerza del trabajo» de la persona, que a esas alturas vale tanto como la persona misma, dado que esta está obligada a convertirse en Ser económico al ponerse en venta para ganarse la vida, es decir al poner en venta su Tiempo. Es el Tiempo, claro que sí, el encargado de medir los valores de Trabajo/Mercancía en que la persona no tiene más remedio que convertirse. Y es así como la persona —en deducción lógica de los principios de Marx— se revela identificada con la cosa y con los atributos económicos de ésta, donde concluye la posibilidad de la antítesis Persona/cosa. Dominando esa relación, el Dinero adquiere por el proceso de compra-venta de la fuerza del trabajo, la virtud que es propia de la persona, dejando así de ser él mismo una cosa inerte para convertirse en Capital, o sea, Dinero vivo que puede no solo llenar la realidad sino también jugar a las ficciones y las fantasías (vayan todos los clientes de un banco cualquiera a sacar sus ahorros a la vez una mañana, verán cómo ese dinero no es más que un cómputo, un número, no necesita existir materialmente, es puro espíritu). Así que el Dinero —sin incurrir en metáforas— se hace persona, anulando también la antítesis en el otro sentido de Cosa/persona. Esto desde la perspectiva marxista.

Desde la capitalista, puesta en danza por los discípulos alemanes de Keynes, cabe preguntarse: ¿Qué es lo que presta al dinero su valor sino la materia de que se compone? Obviamente el dinero empezó sustituyendo al trueque de cosas para lo cual necesitaba de un espíritu que diese estabilidad al sistema: ese espíritu pudo ser en unos sitios el oro y en otros la plata. La transacción era mensurable: estas dos vacas equivalen a ocho monedas de oro y ocho monedas de oro es lo que vale un rebaño de cuarenta ovejas, luego dos vacas son un rebaño

de cuarenta ovejas y una vaca son veinte ovejas. Si una primera edición de *Gilgamesh* vale dos monedas de oro, parece evidente que su valor es el de diez ovejas y media vaca. El paso siguiente había de ser que el dinero dejase de depender de la representación de un valor material, que un billete de 1000 marcos no necesitara correspondencia con ninguna medida en oro ni plata. Pero ¿qué podía ser eso que evitara hacer depender al dinero de su correspondencia con un metal preciado? Knapp responde: la «proclamación» del Estado. El dinero es el instrumento de pago, sancionado por el Estado. Todo el mundo tiene que pasar por que sus créditos sean pagados en las monedas o cédulas que el Estado ha proclamado como dinero válido. Pero con esto Knapp no resuelve sino la cuestión del valor nominal y validez jurídica del dinero; no explica la razón de su valor en el sentido de su potencia adquisitiva. Bendixen completó la *Teoría estatal del dinero* —donde Estado y Capital se hermanan— en su libro *La Esencia del Dinero* (donde Dios y el Dinero son ya lo mismo). Aceptar la supuesta verdad trivial de que el dinero, como medio de trueque y medida de valor, ha de tener a su vez un valor específico, es sencillamente un error. El instrumento de pago proclamado por el Estado no necesita tener ningún valor material; lleva en sí mismo su valor por virtud de la autoridad del Estado. Pero ¿cómo puede servir de medida de valor el dinero sin poseer un valor específico? Con la autoridad del Estado no se pueden medir valores. Por consiguiente, aunque renunciemos al «instrumento de trueque con valor específico», no nos convertimos en partidarios de la medida de valor sin valor. ¿Pero qué es entonces el valor del dinero si no es idéntico al valor del oro o de la plata? El valor del dinero es una representación que se forma tanto en el individuo como en la comunidad y que procede de una suma de experiencias. Pero el objeto sobre el que versan estas experiencias no es el oro, sino los precios. Como resultante de todos los precios conocidos, se forma en cada cual la idea del valor del dinero. El que calcula el valor de una cosa no la mide con oro; lo que hace es establecer una comparación entre los precios. Este descubrimiento de Bendixen fue muy atacado en su tiempo, pero la evolución del capitalismo acabó por darle la razón cuando predijo que hasta el papel moneda tendría los días contados y el dinero se volvería espíritu por completo, un algo que estaría entre las cosas determinando sus precios y por lo tanto invitando a cuantas transacciones se les ocurriesen a sus súbditos. Bien es verdad que Bendixen lo decía en positivo, considerando al dinero un servidor de las relaciones entre los hombres, pero ¿no es así como hablan

los sacerdotes de los misterios del Dios a quien tengan a bien propagar? ¿No nos sirve Dios en el fondo con la triquiñuela de que hemos venido al mundo a servirlo?

Entre las equivalencias entre Dinero y Dios que permiten al primero reconocer como la epifanía del segundo, la cara con que se nos presenta a diario, están las que siguen, enumeradas en el libro de AGC:

1. Su condición sublime o impalpable como lo era el Dios más progresado en las historias de las religiones, de donde su operación en el mundo ha de consistir necesariamente en la Fe que se le preste, que en el caso del dinero se llama Crédito;

2. El objeto del Crédito y el de la Fe es idéntico: el Futuro, y por lo tanto la Esperanza y el Miedo;

3. Su residencia en el Cielo, inasequible a los mortales, allá donde se determina su valor de cambio y las oscilaciones o avatares que aseguren su eterna permanencia, a pesar de lo cual está inmanente o inmiscuido en la vida cotidiana y anda, como el Dios de Santa Teresa, entre nuestros pucheros;

4. Su hijo unigénito es el Hombre, es decir, el Individuo Personal, que pone su alma en su nombre propio y su firma y sus huellas digitales, o sea la garantía del valor y el poder del Padre sobre este mundo (y bien puede así hacerlo ya que, siendo idéntico al Padre, su alma no puede ser otra cosa que dinero);

5. Su condición de Juez Supremo, que eleva a los que tienen Fe a la Gloria Eterna y condena a los que no la tienen o han fallado en su Fe a los abismos de la miseria y del tormento.

Si todavía quedaran dudas de la equivalencia entre Dios y Dinero, o al contrario, bastará recordar el primer mandamiento de la Ley del primero, a saber: Amarás a Dios por sobre todas las cosas. Una exigencia que su otro lado del espejo impone eficientemente a sus devotos. Todo esto por no abundar en las equivalencias entre religión y banca, los templos donde se offician sus misas, las colas de los fieles ante los confesionarios de sus ventanillas, los concilios diarios de las bolsas, las explicaciones teológicas de los economistas. *Ens realissimum* era la defi-

nición que los teólogos encontraron para Dios, o sea, la realidad de las realidades. Parece que no hacen falta muchas elucubraciones para reconocer que esa realidad de realidades el único Dios que la conserva en su esencia es el Dinero.

El Dinero, como Dios, pues, vive fundamentalmente del futuro, de una promesa, y a la vez para hacer viable esa imposición sobre sus súbditos, los somete con dos armas, una positiva y otra negativa: la esperanza y el miedo. La esperanza de alcanzarlo y ganar así el Paraíso perdido y el miedo de perderlo o no tenerlo y quedarse varado en el infierno donde lo que hay que ganarse es el pan y el pan es, como ya está dicho, la vida. Si imaginamos la escena del *Génesis* sustituyendo al Creador por el Dinero, es bien fácil imaginar en qué consistió la expulsión del Paraíso: se nos expulsó de él para que tuviéramos la oportunidad de reconquistarlo, ganárnoslo, y mediante esa estrategia convertirnos en dinero, que es lo que presta realidad a las cosas, no solo en nuestra era, según se aplica el razonamiento de AGC, sino acaso desde que el tiempo empezó a rodar y convertirse en historia. Porque el tiempo es, obviamente, factor indispensable de la escena: el Tiempo es lo que se pone en marcha con la expulsión que nos condena a ganarnos la vida mediante el sudor para así merecer que se nos devuelva lo perdurable —donde el Tiempo morirá. ¿Y qué es el Tiempo en su esencia? Lo dice la voz popular: Oro, sí, no es otra cosa que Dinero. No es raro así que se cediese a una voluntad divina el resultado de los lances de suerte y guerra que hacían ricos a los elegidos y miserables a los demás: los saqueos en nombre de Dios, no mentían un ápice, se justifican a sí solos por el Dinero, y Dios —y el Dinero— abandonaban irremisiblemente a los derrotados hasta que recuperaran su Fe. Tampoco es raro que para subrayar la esperanza de los miserables, para potenciar su fe y que no cayeran en la desesperación, se eligiera a alguien pobre para convertirlo en guía de salvación —que para más inri atacaba a los mercaderes del templo— y condenarlo luego a la cruda cruz donde aún estamos preguntándonos, mientras miramos el extracto bancario, Padre mío, ¿por qué nos has abandonado? ■ ■